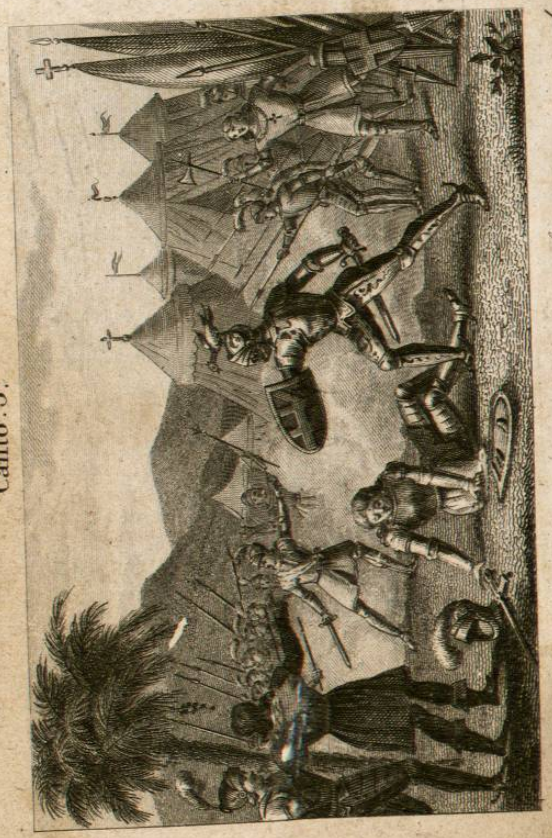

Esfin, traspasa el seno de su enemigo con el acero, que sara de él y vuelve á traspasarle segunda vez.

Canto Quinto.

Mientras la pérfida Armida llena los corazones de funesta embriaguez, y no limitándose al número concedido de guerreros se promete arrastrar otros muchos consigo, Godofredo piensa á quién confiará la ejecucion de aquella arriesgada empresa, sin atreverse á elegir entre tantos héroes, todos dignos, todos ansiosos de fijar su atencion.

Al fin, su prudencia decide que ellos mismos den al generoso Dudon un sucesor que tome sobre sí aquella eleccion tan dificil: así al menos nadie podrá acusarle de injuriosa parcialidad, y manifestará á esta tropa brillante toda la estimacion y todas las consideraciones que le son debidas.

Los llama y les dirige este discurso: "Valientes guerreros, mis sentimientos os son conocidos; yo no he querido rehusar á la princesa el socorro que pide, sino esperar para concedérselo un momento favorable: ahora os propongo este consejo,

y aun podeis adoptarle; que en este mundo variable y movil, la constancia consiste muchas veces en variar en los designios.

Mas si creeis todavía que os sea indecoroso el no correr desde luego á los peligros; si vuestra generosa audacia desdeña un consejo que dicta mi prudencia, demasiado tímida tal vez á vuestros ojos, no se dirá que á pesar vuestro yo he detenido vuestros pasos: jamás os hará sentir mi mano el peso de un poder que debo á vuestros votos.

Pesad vosotros mismos las razones y decidíos á vuestro arbitrio; pero ante todo, quiero que deis un sucesor al desgraciado Dudon y un gefe á vuestra empresa. Él mismo escogerá entre vosotros diez guerreros, no escogerá mas que diez; y sometido en este solo punto á mis órdenes supremas, no pongo en lo demas límite alguno á su poder.

Dijo: y Eustaquio con acuerdo de sus compañeros responde á este discurso: "Señor, á tí conviene la lenta virtud que dirige sus miradas ácia lo venidero y á nosotros el valor y la audacia: esa tranquilidad, esa prudente prevision tan laudable en un general, sería en nosotros cobardía.

"Por otra parte, ¿los peligros á que nos espone esta empresa, esceden á las ventajas que nos prometen? Diez guerreros irán, pues que tu lo permites, á emprender esta ilustre aventura." Así cubre

con el velo del interés público la pasion que le arrastra, y sus compañeros ocultan del mismo modo los impulsos del amor bajo el deseo aparente de la gloria.

Entre tanto el jóven Buillon mira con ojos envidiosos al hijo de la bella Sofía; admira en él, pero envidia mucho mas su heróico valor que realzan los demas dones de la naturaleza: teme al lado de Armida á aquel poderoso rival, y sus celos inspiran á su corazon el medio de alejarle: le llama aparte, y con este discurso malicioso procura seducir su vanidad.

"Tú que oscureces la gloria de tu ilustre padre, y que en tiernos años ya igualas á los mas famosos guerreros, Reinaldo, dime: ¿quién será digno de mandarnos? Yo, que sometido á pesar mio al famoso Dudon, no le cedia sino en consideracion á sus canas; yo, hermano de Buillon, ¿á quién deberé en adelante obedecer? á nadie sino á tí.

«Igual á todos los guerreros por tu nacimiento, tú solo por tu gloria y tus hazañas mereces serme preferido: sin rubor lo confieso, Godofredo mismo prestaria homenage á tu valor y te concederia la palma: tú eres pues el único á quien yo quiero en lo sucesivo reconocer por gefe, á menos que no prefieras ser el vengador de la princesa; pero sin

duda no reservas tu brazo para una gloria oscura, ni para proezas nocturnas.

«Aquí ganará tu espada mas alto renombre, y si apruebas mi decision y mi celo, yo haré que mis compañeros te concedan el mando: por mi parte aun no he tomado ninguna resolucion, y solo te pido que dejes á mi arbitrio el seguir á Armida, ó el combatir á tu lado."

A estas palabras cubre sus megillas un rubor involuntario: Reinaldo lee sobre su frente el secréto que quiere ocultarle, y se sonrie: mas los tiros del amor apenas habian llegado á su corazon, y poco deseoso de seguir á Armida, no siente que se la dispute un rival.

Reinaldo llora aun la muerte del generoso Dudon, y se juzga envilecido si el osado Argante sobrevive largo tiempo á aquel héroe: se complace en escuchar la voz del honor que le llama, y no es insensible su corazon al sonido de las verdaderas alabanzas.

"Yo me lisonjeo menos, le responde, de obtener altos destinos que de merecerlos: los cetros, las dignidades, no fueron jamás á mis ojos el precio de mis virtudes ni el objeto de mi ambicion: pero si tú me llamas á ese honor, si tú crees que yo deba pretenderle, no tendré la debilidad de creerme indigno de alcanzarle, y ya estimo en

mas mi valor, pues juzgas que debe ser recompensado con tan honroso título.

«Ni solicito, ni rehuso el mando; y si soy tu gefe, puedes contar con mi eleccion." Eustaquio le deja y se apresura á ganar los sufragios de sus compañeros; pero Gernando pretende para sí el primer puesto: su corazon se halla herido con los dardos de Armida; mas aquel corazon altivo no vacila entre el honor y la gloria.

Gernando desciende de los reyes de Noruega que gobernaron numerosas provincias, y tantas coronas reunidas en su casa, las glorias de su padre y de sus abuelos, alimentan su orgullo. Reinaldo desciende de héroes que en la larga carrera de quinientos y mas años fueron ilustres en la paz y en la guerra; pero ufano con sus propias hazañas, no se adornaba con el brillo de agenos lauros.

Sin reconocer títulos mas gloriosos que el oro y las vastas posesiones; sin concebir que puede alvergar magnánimo corazon el que no ciñe á su frente una corona; Gernando no puede sufrir que un simple caballero se atreva á ser su rival, se indigna, y la cólera que le agita no conoce ni límites ni freno.

Un ángel de tinieblas, viendo la herida profunda que traspasa su corazon, se insinúa en su

seno, se apodera de sus pensamientos, los agita y los trastorna; acrecienta la cólera que le inflama y el ódio que le devora, y sin tregua hace resonar en el fondo de su llagado corazon estos amargos acentos.

«¡Reinaldo! tu rival lucha contra tí y te opone el número de su antigua ascendencia.... Que cuente el temerario que quiere igualarse á tí, que cuente los pueblos sometidos á sus leyes y las naciones tributarias á su cetro: que sobre las cenizas de sus antepasados muestre tantas coronas como llevan hoy tus padres. ¿En qué funda su arrogancia ese mísero señor de un mezquino estado, ese aventurero nacido en Italia en el seno de la esclavitud?"

«Que triunfe ó que sucumba, ¿qué importa? ya es para él una victoria el haber sido tu rival. ¿Qué dira el universo? que Reinaldo ha competido con Gernando: el destino que ocupaba Dudon podria darte gloria; sí, Reinaldo lo ha envilecido con solo pretenderlo."

«¡Ah! si desde la morada de los inmortales dirige el generoso Dudon una mirada ácia la tierra, ¡cuál será su noble indignacion cuando contemple á ese jóven temerario, cuando considere su orgullo, su audacia, cuando vea á un niño sin esperiencia igualarse á él y aspirar al

galardon que obtuvieron su edad y sus proezas!"

«El aspira á ser tu caudillo, y en vez del castigo que merece, obtiene honores y alabanzas. ¡O vergüenza! ¡ó bajeza! Se estimula su ambicion y se aplaude su temeridad; pero si Buillon lo vé, si Buillon permite que consiga el honor que le pertenece, no, tú no debes sufrirlo: tú debes manifestar quién eres, y cuánto es tu poder."

Al eco de esta voz desconocida, su despecho se enciende y se inflama; su corazon no puede ya contenerlo, rebosa por sus ojos y se exhala en sus acentos: si algun defecto aparece entre las virtudes de su rival, le aumenta, le encarece, le acusa de altivo y orgulloso, y llama á su valor temeridad, furor y demencia.

Todo lo que resplandece en él de ilustre, de grande, de magnánimo, lo empaña con la sombra de la envidia, y solo vé en sus virtudes la máscara de los vicios: sus dicterios llegan á resonar en los oidos mismos de Reinaldo, y aun no sacia su cólera ni puede refrenar el ciego impulso que le arrastra á la muerte.

El espíritu tenebroso que le anima hace mover su lengua, renueva sin cesar sus injustos ultrajes, y dá nuevos alimentos á su odio. Hay en el campo un vasto recinto en donde se reune lo

mas escogido de los héroes; allí ejercen su valor y su destreza en justas y torneos.

Allí, cuando el concurso era mas numeroso, impelido por su fatal destino, osó Gernando insultar á Reinaldo. Su lengua, teñida en la ponzoña del averno, le hiere cual dardo acerado. Reinaldo le vé, le oye, el furor se apodera de sus sentidos: mientes, esclama, y con la espada desnuda se precipita sobre él.

Su voz es un trueno, y su espada el relámpago precursor del rayo: Gernando tiembla: vé la muerte delante, la muerte inevitable: pero el aspecto de todo el campo que le mira reanima su valor; empuña la espada, espera á su enemigo, y se prepara á la defensa.

En el mismo instante brillan y centellean mil espadas; mil guerreros acuden en tumulto, y mil voces confusas resuenan por los aires cual en las orillas del Océano se confunde el silbido de los vientos con el bramido de las olas.

Pero nada puede aplacar la impetuosa cólera del guerrero ofendido: lleno del deseo de venganza, desprecia las voces y las barreras que se le oponen; se precipita entre los guerreros y sus armas, agita en medio de la muchedumbre su temible espada, y abriéndose, en fin, un anchuroso espacio, embiste solo á Gernando á pesar de los que le defienden.

Su brazo es escitado y movido por la cólera; ora guia el acero al corazon de su rival, ora á la cabeza, ora á la derecha, ora á la izquierda; y su diestra rápida, impetuosa, engaña á los ojos que la siguen, é hiere donde menos se la espera.

Clava en fin el hierro homicida en el pecho de su rival, le retira y le torna á clavar: el desgraciado cae, y por dos sangrientas bocas parte su alma á las moradas eternas. Envaina su acero el vencedor, se despoja de su cólera, y satisfecha su venganza se retira.

Entretanto Godofredo llega atraido por el tumulto y por las voces: un espectáculo cruel, inesperado, hiere su vista: vé á Gernando tendido sobre el polvo, sus cabellos manchados con su sangre, el rostro pálido, desfigurado, cubierto con las sombras de la muerte; oye los gemidos, los suspiros, las quejas de los que le rodean, y sorprendido, atónito, ¿quién es, dice, el atrevido que ha quebrantado mis órdenes y cometido este atentado?

Arnaldo, uno de los favoritos mas queridos del malhadado príncipe de Noruega, le espone las circunstancias de aquel funesto accidente, y las agrava al referirlas: "Reinaldo es quien le ha muerto: él es el que impelido por un furor insensato, fundado en leve motivo, ha cometido

una accion tan bárbara: el hierro que habia ceñido para vengar á Dios, lo ha convertido contra el vengador de Dios mismo; ha desdeñado tu autoridad, y ha despreciado tus órdenes."

«Las leyes piden su muerte, y segun ellas se la debe imponer: su crímen la exige, su crímen y el sitio en que le ha cometido: si obtiene perdon, su ejemplo alentará á los malvados, y cualquiera que se crea ofendido tomará por sí mismo la venganza que debe esperar de la justicia, y pronto será tu campo teatro de querellas y discordias."

Recuerda Arnaldo las hazañas, las virtudes del príncipe, y nada omite de cuanto puede escitar la indignacion y la piedad: pero Tancredo aparece y quiere justificar á Reinaldo: Godofredo le escucha, y su mirar severo inspira mas temor que esperanza.

"Señor, dice Tancredo: no olvides quién es Reinaldo, no olvides lo que se debe á su mérito, al lustre de su sangre, y á Güelfo su tio: la autoridad no debe pesar igualmente sobre todos los culpables; la diferencia en las gerarquías pone diferencia en los crímenes, y la igualdad en las penas no es justicia sino cuando hay igualdad en las personas."

«A los mas distinguidos toca, dijo Godofredo, el dar á los demas ejemplo de obediencia. Tan-

credo, tus consejos son funestos, si tú quieres que abandone los grandes á la licencia. ¿Y cuál es, pues, mi autoridad, si yo no mando mas que á un vil populacho? ¡Cetro impotente, vergonzoso imperio, yo te detesto si debo conservarte á este precio!"

«El poder me fue dado sin límites, sin restricciones, y no permitiré que se envilezca entre mis manos: yo sé cuándo se deben variar las recompensas y las penas; yo sé cuándo se deben sujetar los grandes y los pequeños á la ley de la igualdad." Dijo, y Tancredo, contenido por el respeto, guardó silencio.

Riguroso imitador de la severidad antigua, Raimundo aplaude el discurso de Godofredo. "Así es, dijo, como la autoridad conserva su energía: no hay disciplina, no hay confinza cuando el culpado evita el castigo: y la clemencia es nula si no descansa sobre el temor."

Tancredo desaparece al oir estas palabras, y sobre un alazan brioso vuela ácia Reinaldo: tranquilo despues que quitó á su enemigo el orgullo y la vida, Reinaldo volvió á su tienda: allí le encuentra Tancredo, y le informa fiel y brevemente de lo ocurrido.

"El esterior del hombre, le dice, no es siempre la espresion fiel de sus sentimientos, y el co-

razon de los mortales es un abismo: con todo, si creo al aspecto de Buillon, temo que quiera confundirte con el vulgo de los culpados, y someterte á todo el rigor de las leyes.

Reinaldo se sonrie; pero al través de su sonrisa se deja ver su indignacion: "Justifíquese entre cadenas el esclavo ó el que merezca serlo, esclama: yo he nacido libre: yo he vivido libre, y libre moriré antes que estos pies ó estos brazos se vean cargados de hierros ignominiosos: esta mano sabe manejar el acero y alcanzar laureles, y no sujetarse á infames lazos.

"Si es este el galardon que me depara Godofredo, si quiere sepultarme en vil calabozo como á un criminal oscuro, envie á los ejecutores de sus órdenes, venga él mismo á prenderme: yo le espero. La suerte de las armas será nuestro juez: venga si quiere ofrecer á nuestros enemigos el espectáculo de una sangrienta tragedia."

Dijo, y pide su armadura, y al instante aparece cubierto de hierro; carga su brazo con su pesado escudo, su fatal espada pende á su lado, sus ojos centellean y sus armas brillan como el relámpago. ¡Así te pintaban en otro tiempo, oh Dios de la guerra, bajando al Olimpo cubierto de hierro, de horror y de espanto!

Entretanto Tancredo procura mitigar su saña.

"Indómito guerrero: le dice, yo sé que nada puede resistir á tu brazo: yo sé que en medio de las armas, en el seno del terror es donde tu escelsa valentía triunfa con mas brillo, pero á Dios no plegue que hoy sea la señal de nuestra ruina."

"Dime: ¿cuáles son tus designios? ¿Quieres manchar tu mano en la sangre de tus amigos, de tus hermanos? ¿Pretendes inmolar indignamente á los cristianos y herir al mismo Dios de quien son miembros? ¿Un honor pasagero, vanos escrúpulos de una opinion que, semejante á las olas del mar, aparece y se disipa, podrán mas sobre tí que la fe, que el amor de una gloria que nos inmortaliza en el cielo?"

«¡Ah! Yo te lo pido en nombre de nuestro Dios: triunfa de tí mismo, despójate de tu fiereza, de tu orgullo, cede á la tempestad: no, no será en tí una bajeza, será un sublime esfuerzo de virtud que te hará obtener una victoria mas honrosa: si mi juventud mereciese servir á los otros de ejemplo, yo te diria que tambien he sido agraviado, pero no armo mi brazo contra cristianos, y sé domar mi sentimiento."

«Vencedor de la Cilicia, yo habia enarbolado en ella el estandarte de la Cruz: Baldovino llega, oculta su ambicion bajo el velo de la amistad, me engaña y se apodera vilmente de mi con-

quista: yo podia recobrarla con las armas, pero tuve el valor de no intentarlo."

"Tu alma se irrita con la idea de una prision; te sonrojas al contemplar tus brazos cargados de vergonzosas cadenas, y quieres seguir las leyes y los usos que el vulgo ha consagrado bajo el mentido nombre del honor: déjame aquí para defenderte con Godofredo, y tú parte á Antioquía á pedir un asilo á Boemundo: no arrostres en su primer ímpetu la severidad de un juez inexorable.»

«Si el egipto ó cualquiera otra potencia infiel se arma contra nosotros, tu valor, mas distante de nuestro lado, parecerá mas brillante: privado de tí, el campo no será mas que un cuerpo mutilado sin vigor y sin fuerza." Güelfo que llega en aquel instante, aprueba aquel discurso, y quiere que Reinaldo parta sin demora.

En fin, cede á sus consejos el irritado mancebo y consiente en abandonar el campo: entretanto acuden en tropel sus amigos y quieren acompañarle en su fuga; mas él agradece su celo, y solo con dos escuderos fieles parte en un ligero bridon.

Se aleja, y hierve su corazon en deseos de gloria inmortal y pura: arde por acometer altas empresas y señalar su valor con nuevas hazañas: para vengar á su Dios quiere precipitarse en medio de los enemigos y adquirir combatiendo el ciprés ó

la palma: quiere recorrer el Egipto y penetrar hasta los lugares en que el Nilo oculta su orígen desconocido.

Güelfo recibe el último á Dios del jóven héroe, y con paso precipitado vá á buscar á Godofredo: el general le descubre y le grita: "Güelfo; á tí es á quien buscaba: mis heraldos han recorrido en tu busca todo el campo.»

Manda á los circunstantes que se alejen, y bajando la voz continúa su discurso. "Güelfo, debes confesarlo: tu sobrino cede demasiado á los primeros impulsos de su cólera. ¿Cómo escusar el crímen que acaba de cometer? ¡Qué no daria yo por verle justificado á mis ojos! Pero Godofredo manda á todos, y debe á todos igual justicia.»

«Custodio severo de las leyes y de la equidad, yo defenderé siempre sus derechos, y jamás en mis juicios cederé á la tiranía de las pasiones: si en efecto, como se pretende, Reinaldo se ha visto obligado á quebrantar las leyes, y á romper los lazos de la disciplina, que venga él mismo á defender su causa, y que humille su orgullo delante del tribunal.»

«Que venga libre: no me es dado conceder otra gracia á sus servicios; mas si vacila, si su soberbia, que me es harto conocida, le impide someterse, á ti te toca conducirle, y evitar que obligue á

un juez suave y moderado á ser inflexible, pero justo vengador de la autoridad y de las leyes ofendidas."

Dijo, y Guelfo le responde: "Señor, una alma á quien exalta la infamia no ha podido oir ultrajes sin formar el designio de vengarse de ellos: es cierto que ha inmolado al agresor; pero ¿qué otro en su lugar hubiera enfrenado su saña? ¿Qué otro hubiera contado sus golpes, y medido en el fuego del combate la reparacion y la ofensa?»

«Pedís que venga á someterse á vuestra autoridad suprema: mas ya no puede obedeceros: con rápida carrera se aleja del campo; pero con este brazo yo ofrezco probar á su vil acusador, y á cualquiera que se atreva como él á calumniarle, que ha tomado una venganza legítima de un injusto ultraje.»

«Sí, Príncipe, ha debido castigar el orgullo del soberbio Gernando: si ha sido culpado, su crímen consiste solo en haber quebrantado tus mandatos: me es sensible, y no puedo aprobar su error."

"Huya en buen hora, dice Godofredo, y lleve á otra parte la discordia; mas no quiero que seas la causa de nuevos rencores: sofoquemos, yo te lo ruego, hasta las últimas centellas de un fuego tan peligroso."

Entre tanto la beldad infiel instaba por el so-

corro prometido: durante el dia empleaba su astucia, sus ruegos y el poder de sus atractivos, y cuando la noche estendiendo su oscuro velo cerraba en el Occidente las puertas del dia, sola con sus dos criadas y sus escuderos se retiraba á su tienda.

Pero ni todos los recursos de su arte, ni sus discursos seductores, ni su talle mas seductor aun, ni aquella beldad que nada iguala en el universo, aquella hermosura que encadena á los guerreros mas temibles, nada puede seducir al piadoso Buillon, nada puede encender en su alma el fuego de un amor impuro.

En vano trata de encantarle; en vano intenta hacer correr por sus sentidos un dulce y funesto veneno: el héroe, fatigado de un mundo que desprecia, distrae la vista de los atractivos que le presenta, y cierra el oido á sus halagos: el cielo solo atrae sus votos y sus deseos, y así esquiva todos los lazos, y burla todos los esfuerzos de la seductora.

Ningun obstáculo puede distraer sus pasos del camino que la virtud le ha trazado. Armida le persigue: nuevo Proteo se presenta á su vista bajo mil formas diferentes, y sus gracias hubieran abrasado al mas yerto corazon, si un escudo celeste no defendiera á Godofredo de sus dardos y postrase al fin la constancia de Armida.

Esta hermosura, que con una mirada creía cautivar los corazones mas puros; ¡cómo se vé humillado su orgullo! ¡con qué sorpresa, con qué despecho reconoce la impotencia de sus hechizos! En fin, se determina á intentar mas fáciles conquistas, semejante á un habil general que abandona el sitio de una plaza, que destruye inútilmente sus fuerzas y lleva á otra parte el terror de sus armas.

Tancredo opone igualmente á sus encantos una resistencia invencible: otra pasion reina en su pecho, y cierra la entrada á nuevos amores: cual Mitridates, se armara contra el veneno con el veneno mismo. Solo Buillon y Tancredo resisten; pero los demas arden en el fuego que encendieron sus miradas.

Este triunfo imperfecto abate su orgullo y la aflige, pero se consuela con la vista de tantos héroes cautivos de su belleza, y antes que se descorra el velo que cubre sus designios, intenta conducirles á parages mas seguros, donde les prepara nuevos lazos.

El momento señalado por Godofredo para el socorro prometido llega en fin, y con aire respetuoso se presenta al héroe: "Señor: el dia en que debias cumplir tu promesa ya ha espirado: si el tirano sabe que he solicitado tu apoyo, se armará

en su defensa, y preparará á nuestra empresa mil obstáculos.»

«Antes que la voz incierta de la fama, ó espías fieles le den esta nueva, dígnate escoger mis ilustres defensores, y manda que al momento partan conmigo: si el cielo protege todavía la inocencia, si no es insensible á las virtudes de los mortales, yo seré restablecida en mi trono, y dócil á tus leyes seguiré tu destino así en la paz como en la guerra.»

Godofredo cede entonces mal de su grado á tan repetidas instancias: la impaciencia de la princesa le obliga á tomar sobre sí la eleccion fatal que rehusaba; pero todos solicitan la preferencia, y su emulacion degenera en importunidad.

Armida, para dar nuevo pábulo á sus deseos, introduce en sus corazones el aguijon del temor y de los celos: sabe que el amor tranquilo desmaya y decae, semejante al caballo que no se anima si no siente el ruido de otro que le sigue ó se le adelanta.

Distribuye con maña gratos discursos, tiernas miradas, dulces sonrisas, y no hay amante que no envidie la suerte de otro amante; pero el temor se mezcla con la esperanza, y esta turba insensata que basta á conmover una mirada, corre sin pudor ni freno: en vano Godofredo la reprende, en vano se esfuerza á detenerla.

Deseoso de satisfacer á todos, Godofredo no se inclina en favor de nadie, se avergüenza de su error, se indigna de su locura, y desconfiando vencer su obstinacion, propone un medio que no dé lugar á queja: "Escribanse vuestros nombres, dice, mézclense en un vaso, y decida la suerte."

Escritos los nombres al instante, se colocan en una urna, se mueven, se agitan, y el primero que parece es Artemidoro, conde de Pembro: sigue Gerardo, y despues de este Venceslao, el anciano Venceslao que antes era ejemplo de cordura, y hoy se abrasa en ridículos amores.

¡Qué gozo se desplega sobre la frente de estos guerreros! sus ojos brillan con el placer que inunda sus almas, y los otros, cuyos nombres oculta aun la urna, sienten palpitar sus corazones. La torva envidia se deja ver en sus miradas, y trémulos é inciertos esperan el decreto de la suerte.

Gaston es el cuarto, Rodolfo le sucede, y Olderico á Rodolfo: el séptimo es Guillermo del Rosellon, á quien siguen Everardo de Baviera y el francés Henrique. Raimbaldo fue el último: Raimbaldo, que despues vencido por el amor abjuró su creencia y se hizo enemigo del Dios á quien habia jurado vengar.

Ardiendo en cólera, en envidia, en rabia, los

demas acusan á la fortuna. A tí te acusan, amor, de haber puesto su suerte y tu poder en manos tan ciegas; mas como el humano instinto nos impele á desear con mas ardor lo que mas se nos veda, muchos á despecho de la suerte quieren seguir á Armida, y solo esperan las sombras de la noche.

Juran seguir constantes su fortuna y arrostrar por ella los peligros y la muerte, mientras que con blandas palabras, con falaces suspiros escita ella su ardor y se duele, ya con uno, ya con otro, de verse obligada á partir sin ellos; entretanto los diez guerreros armados van á tomar las últimas órdenes de Godofredo.

El sabio les prodiga sus lecciones, les previene que desconfien de un pueblo infiel é inconstante, y les manifiesta por qué medios podrian evitar los lazos y sustraerse á los peligros. Pero arrebata el viento sus palabras, y el amor rie de sus consejos: en fin, Godofredo se despide de ellos, y la impaciente Armida no espera el regreso de la aurora.

Parte victoriosa, llevando en pos de sí, y como en triunfo, á sus diez enamorados caballeros: los otros amantes quedan inconsolables con su partida: mas cuando vino la noche y trajo bajo sus alas el silencio y la sombra, la mayor parte, im-

pelidos por el amor, se deslizan del campo, y siguen sus pasos.

Eustaquio es el primero, apenas puede esperar la noche y las sombras cuando huye impaciente, y marcha por las tinieblas á merced del guia que le conduce; y á los primeros rayos del dia descubre á Armida y á sus guerreros en una aldea que les sirvió de asilo.

Al momento se precipita ácia ella: Raimbaldo le reconoce por su armadura:-¿Quién te conduce, le dice, á estos lugares? ¿A quién vienes á buscar aquí?-A Armida: si ella no desdeña mi brazo y mis servicios, no tendrá defensor mas intrépido que yo, ni esclavo mas fiel. - ¿Quién te llama á tan insigne merced? - El amor.

Yo he sido escogido por el amor, tú por la fortuna: á tu parecer ¿quién de los dos blasona de un título mas legítimo? — Tu vano título de nada te servirá: en vano querrás asociarte sin ningun derecho á los vengadores declarados de la princesa. — ¿Y quién se atreverá á impedírmelo?

-Yo. A esta palabra Raimbaldo se adelanta con la espada en la mano, y con igual denuedo y furor vibra la suya Eustaquio; pero Armida estiende su brazo, y con una mirada que domina los corazones suspende su impetuoso movimiento.

"¡Ah! no rehuses un nuevo compañero; no me prives de un nuevo vengador.

"Si mi salvacion, si mi vida te interesan, ¿por qué sientes que me ampare en tal conflicto? Yo doy gracias al destino que te conduce, le dice á Eustaquio, para defender mis dias y vengar mi honor: ciega sería é insensata si menospreciase tan noble apoyo, si desdeñase á tan ilustre campeon." Mientras habla de esta suerte acuden otros defensores.

Todos llegan por caminos diferentes; todos se miran con ademan celoso, y Armida los acoge, se sonrie, y cada uno de ellos cree leer en su semblante la anhelada preferencia. Entretanto las sombras se disipan, Godofredo advierte la desercion de los guerreros, y llenan su corazon de inquietud y de zozobra los presentimientos del infortunio que los amenaza.

Mientras se ocupa en estos cuidados llega un correo cubierto de polvo, anhelante, afligido: sus miradas sombrías y el dolor pintado en su rostro anuncian que es portador de infaustas nuevas. "Pronto, dice á Godofredo, cubrirá los mares la escuadra egipcia: Guillermo, que manda las naves genovesas, me manda traerte esta noticia."

"Añade que un convoy considerable que la

flota enviaba al campo habia sido arrebatado en medio del camino: que una horda de árabes atacó de improviso en un valle la escolta que le conducia, y que degollando á la mitad ha cargado á los restantes de cadenas; que en fin, nadie ha podido escapar del furor de los bandidos.

"Que la audacia y el desenfreno de aquellos bárbaros indómitos no conoce limites; que se esparcen como un diluvio por todo el campo sin que hallen dique que los detenga; y que para inspirarles miedo, y asegurar los caminos que del mar de Palestina conducen al campo, es necesario enviar contra ellos fuertes destacamentos.»

En un momento se esparce la funesta nueva por todo el ejército: el vulgo de los soldados teme el hambre y ya se imagina ver todos sus horrores; el sabio Buillon, que echa de menos su valor y antigua constancia, con aire dulce y tranquilo procura calmarlos, y los consuela con estas palabras:

«Oh vosotros, que al traves de mil obstáculos, de mil peligros, habeis penetrado conmigo en tantos y tan diversos climas: guerreros, que nacisteis para vengar la causa del Cielo y reparar los ultrajes de la religion mas santa: vosotros, que habeis triunfado de las huestes de la Persia, y de la perfidia de los griegos, de los montes, de los ma-

res, del invierno y de sus tempestades, vosotros ¿conoceis al fin el miedo?

«Ese Dios que dirige nuestros pasos, ese Dios cuya proteccion habeis esperimentado tantas veces y en tantos peligros, ¿no puede disipar hoy vuestros temores? ¿creeis que haya retirado de nosotros su brazo omnipotente, y dirigido á otra parte sus miradas? Un dia, y no está lejos, cumplireis los votos que le habeis hecho, y os complacereis en recordar los riesgos que habeis corrido: reanimad vuestro valor, y reservaos para los triunfos que os esperan."

Así reanima Buillon su esperanza abatida, y con rostro alegre y sereno los tranquiliza y los consuela; pero oculta en el fondo del corazon una cruel inquietud: piensa cómo en medio del hambre que le amenaza alimentará su ejército, cómo rechazará los esfuerzos del Egipto y de sus naves, y en fin, qué barrera opondrá á las incursiones de los árabes.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO